

CAPITULO VII.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN ELEUTERIO (174-186).

1. Renuévase la persecucion (177). Mártires de Leon : Santo, Maturio, Atalo y Blandina. — 2. Martirio de san Pothino, obispo de Leon (Francia). Viaje de san Ireneo á Roma. — 3. Martirio de san Epipodio y san Alejandro en Leon. — 4. Martirio de san Sinfiriano en Autun. — 5. Apología de Atenágoras. Su tratado de la resurreccion de los muertos. — 6. Apología de san Meliton, obispo de Sardas, de Claudio Apolinar, obispo de Hierápolis, y de Milciades. — 7. Hermias. San Teófilo, obispo de Antioquia. Herejía de Hermógenes. — 8. Conversion de Lucio, rey de la Gran Bretaña, al cristianismo. — 9. Muerte de Marco Aurelio. Le sucede Cómodo. — 10. Apología y martirio del senador Apolonio. — 11. Version de las sagradas Escrituras por Teodocion. Obra de san Ireneo contra las herejías. — 12. Muerte del papa san Eleuterio (186).

PONTIFICADO DE SAN ELEUTERIO (174-186).

1. La paz de que gozó la Iglesia despues del milagro de la Legion fulminante apenas duró tres años. La persecucion se volvió á encender con nueva violencia : sin embargo, es probable que no fué Marco Aurelio el autor de esta sangrienta reaccion ; pues que algunos historiadores llegan hasta asegurar que hácia este tiempo publicó un edicto favorable á los cristianos. Pero el odio popular, momentáneamente comprimido, no tardó en estallar con tanta mas furia cuanto que las sectas gnósticas multiplicándose diariamente suministraban, por sus desórdenes, ocasion y pretextos para gran número de calumnias contra una religion que profanaban, aunque cubriéndose con su manto. Los documentos de esta época atestiguan todos que los paganos acusaban á los cristianos de renovar los horrores del festín de Thieste y del casamiento de (Edipo en sus nocturnas asambleas (*Cartas de la Iglesia de Leon á las iglesias de Asia y Frigia*. EUSEBIO DE CESAREA, *histor. ecles.*). Estos cargos serian inexplicables si no los hubiera

autorizado la conducta de los gnósticos. La ley del arcano, respecto del sacramento de la Eucaristía, inviolablemente observada desde el primer siglo, no habia impedido á san Justino descargar completamente á los fieles de la acusacion de infanticidio ; y ningun uso cristiano podia servir de pretexto al cargo de uniones incestuosas que se les hacia á los discipulos de Jesucristo : la herejía, pues, era quien armaba el brazo de los paganos y entregaba á los verdaderos fieles á la furia de estos. La nueva tormenta descargó mas reciamente en las Galias, que dieron entonces á la Iglesia las primicias de sus mártires. Los cristianos de Leon y Viena (Delfinado) tuvieron que sufrir, mas que en otras partes, la crueldad de los perseguidores. En conformidad á la costumbre piadosa de enviar á las otras iglesias de la cristiandad la relacion de los combates sostenidos por la fe, los confesores de Leon enviaron á sus hermanos del Asia una carta refiriendo la gloriosa lucha de sus mártires. Eusebio nos ha conservado este monumento de fe y caridad, tan notable por la pureza y encanto de su estilo como interesante por el fondo de su asunto. « Tal era, dicen, la animosidad de los paganos contra nosotros, que se nos arrojaba de las casas particulares, de los baños y plazas públicas : nuestra sola presencia en cualquier punto bastaba para que lloviesen sobre nosotros los ultrajes de la muchedumbre. Los santos confesores sobrellevaron con generosa constancia todo cuanto es dable padecer de parte de un insolente populacho, gritos y vocerías injuriosas, rapiña de todos sus bienes, insultos, pedradas y otros excesos á que se deja arrastrar un pueblo furioso contra los que mira como enemigos suyos. Maltraidos al Foro y preguntados por los magistrados, confesaron en alta voz su fe y fueron arrojados á las cárceles hasta la llegada del gobernador. Apenas hubo tomado este la causa en sus manos, hizo prender á los cristianos mas sobresalientes y á los mas firmes apoyos de las iglesias de Leon y Viena : la furia de la muchedumbre, del gobernador y de los soldados se encarnizó particularmente contra Santos, diácono de Viena ; Maturio, neófito lleno de valor y

» celo; Atalo, natural de Pérgamo, y uno de los mas intré-
 » pidos defensores de la fe, y contra Blandina, jóven esclava,
 » débil y delicada, que halló en su constancia bastantes fuerzas
 » para cansar á los verdugos encargados de darle tormento, á
 » su turno, desde la mañana á la noche. Despues de haberle
 » hecho padecer todo género de suplicios, se confesaron ven-
 » cidos, no pudiendo comprender que pudiera respirar aun,
 » despues de tantos tormentos, de los cuales bastara uno solo
 » para arrancarle el alma. El diácono Santos no se mostró me-
 » nos incontrastable en la fe: á todas las preguntas del gober-
 » nador sobre su nombre, origen y patria, no quiso responder
 » sino con estas y solas palabras: ¡SOY CRISTIANO! Se mandaron
 » enrojecer al fuego planchas de cobre que aplicaban hechas
 » ascuas á las partes mas sensibles de su cuerpo. El santo
 » mártir vió asar su carne sin mudar de postura, porque Cristo,
 » fuente de vida, le rociaba con celestial frescura que le tem-
 » plaba y fortificaba. Algunos dias despues, los verdugos le
 » sometieron á nuevos tormentos, á tiempo que la inflamacion
 » de las llagas primeras los hacia tan dolorosos que no le
 » fuera humanamente posible sobrellevar el mas suave tacto.
 » Su cuerpo, destrozado por el dolor, lejos de sucumbir á
 » esta nueva prueba, volvió á tomar su anterior flexibilidad,
 » por manera que las últimas úlceras se convirtieron por la
 » gracia de Cristo en remedio á las primeras. En fin se con-
 » denó á los heróicos confesores á ser devorados por las fieras.
 » Maturio y Santos, expuestos los primeros en el anfiteatro,
 » fueron primero azotados; se les hizo en seguida sentarse
 » sobre un taburete de hierro hecho ascua, y su carne asada
 » esparcia un olor insoportable; pero los espectadores estaban
 » mas y mas ávidos de nuevos suplicios para domar aquella
 » paciencia inflexible. Se les abandonó á la voracidad de las
 » fieras, y dieron así, durante todo un dia, la cruel diversion
 » que muchas parejas de gladiadores daban ordinariamente al
 » pueblo: como respirasen aun despues de tantos tormentos,
 » los verdugos se vieron obligados á degollarlos en el anfithea-
 » tro. — Atalo era conocido del pueblo como un atleta intré-

» pido de la fe. Los espectadores pidieron pues con gran
 » vocería que se le trajese á la arena, y el santo mártir fué
 » traído á ella para satisfacer el ciego furor del pueblo. Se
 » le mandó dar la vuelta por el anfiteatro con un cartel que
 » decia en latin: *Este es Atalo el cristiano*. Antes de ser ex-
 » puesto á las fieras se le hizo sentar en una silla de hierro
 » hecha ascua: mientras que su cuerpo se asaba y que se
 » esparcia á lo lejos el olor de este holocausto humano, decia
 » al pueblo, respondiendo á las acusaciones de homicidio he-
 » chas contra los cristianos: Vosotros, vosotros sois quienes
 » haceis asar carne humana como para alimentaros bárbara-
 » mente; mas nosotros no comemos hombres, y nuestra reli-
 » gion nos prohíbe todo crimen. — Blandina, que viviente
 » aun era la última de esta heróica sociedad de mártires, entró
 » en la lid como si hubiese de ir á un banquete nupcial. Despues
 » de haber padecido los azotes de hierro, las mordeduras de
 » las fieras, el asiento de hierro incandescente, se la encerró
 » en una red y la presentaron á un toro, que la lanzó muchas
 » veces al aire. Pero la santa, preocupada de la esperanza que
 » le daba su fe, conversaba con Jesús y era insensible á los
 » tormentos. Fué por último degollada esta víctima inocente,
 » y hasta los paganos mismos confesaron que no habian visto
 » jamás padecer á una mujer tormentos tan horribles con tan
 » heróico valor. »

2. « El discípulo de san Policarpo, el anciano san Pothino,
 » primer obispo de Leon, dió con su muerte testimonio á la fe
 » que habia traído á esta ciudad. De edad de mas de noventa
 » años, se hallaba enfermo á la sazón, y fué forzoso llevarlo
 » en hombros al tribunal. Parecia que su alma no estaba ya en
 » su cuerpo sino para servir de triunfo á Jesucristo. Mientras
 » que le llevaban los soldados, iba seguido de una gran turba
 » del pueblo que vomitaba mil injurias contra él; pero seme-
 » jantes ultrajes no pudieron alterar en nada al santo anciano,
 » ni impedir que confesase heróicamente su fe. — ¿Quién y
 » qué cosa es el Dios de los cristianos? le preguntó el gober-
 » nador? — Lo sabréis si sois digno de saberlo, respondió el

» intrépido obispo. — Inmediatamente, sin respeto por su
 » edad, fué indignamente maltratado por el populacho. Los
 » que podían acercársele, le daban manotazos y puntapiés :
 » los mas lejanos le tiraban lo que les venia á la mano. Hu-
 » bieran creído un crimen si no hubieran insultado al santo
 » anciano para vengar en su persona la honra de sus dioses.
 » Despues de haber padecido, sin proferir la menor queja, este
 » horrible trato, san Pothino fué echado á una cárcel, en donde
 » murió dos dias despues de resultas de sus heridas. » Le fué
 » dado por sucesor san Ireneo, el cual fué á Roma para recibir
 la consagracion episcopal de manos del papa san Eleuterio.
 Otro motivo tuvo tambien para este viaje. Los errores de
 Montano y las falsas profecias de Priscila y Maximila amena-
 zaban propagarse en las Galias. Algunos cristianos, aun entre
 los confesores de la fe, habian dado ejemplo de abstinencia
 que parecia muy semejante, por el exceso de austeridad, al
 erróneo rigórismo de los herejes. Para informar pues al sobe-
 rano Pontífice de este estado de cosas y tomar su parecer, em-
 prendió san Ireneo el viaje á Roma, encargado además de
 remitirle las cartas del clero y de los fieles de Leon dirigidas
 á san Eleuterio.

3. La persecucion continuó con igual violencia contra esta igle-
 sia sin pastor : ningun lugar, por mas recóndito que fuese, podia
 salvar las víctimas de las pesquisas de los verdugos. Dos jóvenes,
 Alejandro, de origen griego, y Epipodio, leonés, en la flor
 de su edad, se habian unido estrechamente con los lazos de
 una santa amistad. Perteneciendo ambos á familias ilustres, y
 siguiendo ambos los mismos estudios, se excitaban mutua-
 mente á la piedad y se preparaban para el martirio con la pu-
 reza de vida, inocencia de corazon y obras de caridad y de mi-
 sericordia. Retirados al principio de la persecucion en un pue-
 blecito cerca de Leon, llamado *Pierre-Encise*, vivian juntos en
 la soledad en casa de una viuda cristiana, que les habia ofrecido
 asilo. Descubiertos por los satélites del gobernador, son arro-
 jados á la cárcel y conducidos tres dias despues al tribunal,
 atadas las manos atrás como viles criminales. Preguntándoles,

como de costumbre, el magistrado, respondieron : « ¡ Somos
 » cristianos ! — ¿ A qué han servido pues los tormentos de los
 » que han sido suplicados, exclamó irritado el juez, si aun se
 » osa hablar así de Jesucristo ? » Haciendo separar luego á los
 dos amigos para que no pudiesen exhortarse mutuamente á
 ser fieles á Dios, se dirigió primeramente á Epipodio : « El Cru-
 » cificado que adorais próhibe el gozo y los placeres que ha-
 » cen el encanto de la vida ; nuestros dioses, al contrario, reci-
 » ben nuestros festivos homenajes entre festines y flores. Mu-
 » dad pues de pensar y cambiad una austeridad insufrible con
 » los juegos placenteros de la juventud. — En los cristianos,
 » respondió el generoso mártir, manda el alma, el cuerpo obe-
 » dece. Las infamias con que creéis honrar á vuestros dioses,
 » os hacen dignos de eterna muerte. » A estas palabras, el
 juez le mandó dar de bofetadas : y ensangrentada la boca, ex-
 clamaba Epipodio : « Jesucristo es un Dios, un solo Dios con
 » el Padre y el Espíritu Santo. » Se le tendió sobre el potro, y
 dos verdugos le desgarraban los costados con garfios de hierro.
 Pero el pueblo, testigo de esta escena, temiendo ver espirar la
 víctima bajo manos extrañas, pidió á voces que se le entregara
 el mártir para desmenuzarlo y satisfacer en él su sanguinario
 furor. Iba creciendo el tumulto y amenazaba volverse un mo-
 tin verdadero. Para prevenirlo, el gobernador se apresuró á
 hacer cortar la cabeza á Epipodio, que fué á recibir en los
 cielos el premio de su constancia.

Al siguiente dia mandó el gobernador hacer comparecer
 ante su tribunal á Alejandro. « Sacrifica á los dioses ; aprové-
 » chate de esta ocasion, dijo el gobernador, mírate en el escar-
 » miento de los demás cristianos ; porque los hemos perseguido
 » tanto, que solo quedarás tú de toda esa raza impía. — Os en-
 » gañais, repuso Alejandro ; el nombre cristiano no puede pe-
 » recer jamás. La vida de los hombres lo perpetúa, y con la
 » muerte se propaga mas y mas. » Tendieron luego al santo
 mártir ; le abrieron las piernas á distancia forzosa, y en esta
 postura le golpeaban tres verdugos que se relevaban. Padeció
 sin proferir la menor queja este suplicio lento y cruel : y en

fin, viéndole incontrastable en la fe, el gobernador le condenó á morir en una cruz. Ejecutóse la sentencia, y los cristianos pudieron sustraerse á la vigilancia de los soldados, y se llevaron los santos cuerpos, que enterraron en un mismo sepulcro. Al número de estos generosos confesores de la fe, hay que añadir san Marcelo y san Valeriano, que, huyendo de Leon, sufrieron el martirio en dos ciudades vecinas, el primero en Chalons del Saona, y el segundo en *Trenorchium*, hoy *Tournus*.

4. La ciudad de Autun fué, al mismo tiempo, testigo del celo y valor de san Sinfiriano. Nacido de una familia principal de la poblacion, adornado de prendas por la brillante educacion que habia recibido, este jóven y valeroso cristiano encontró un dia cierta procesion que se hacia en honor de Cibeles, madre de los dioses. No pudo menos de mostrar públicamente su menosprecio, y reprendió este culto supersticioso. Los paganos irritados le arrastraron al tribunal del procónsul Heraclio, como sedicioso que se negaba á adorar las divinidades del imperio. — « ¿Porqué no quieres tributar tus homenajes » á la madre de los dioses? le preguntó el juez. — Yo adoro al » verdadero Dios, respondió Sinfiriano. Respecto del ídolo de » vuestros demonios, si me lo permitís, lo haré mil pedazos » con un martillo en tu presencia. — ¿No te basta ser sacrilego » para que te muestres además rebelde? » Heraclio le hizo apalea por sus liectores y poner en la cárcel. Algunos dias despues fué sometido á nuevo interrogatorio, y el procónsul trató de seducirlo con promesas. Ricas gratificaciones, honores militares, favores del príncipe, le ofreció en fin todo cuanto es capaz de hacer doblar á un hombre, si consentia en sacrificar á los dioses inmortales. « Yo voy, añadió, á hacer adornar de flores » los altares de Apolo, Cibeles y Diana, y asistirás tú conmigo á » un sacrificio solemne. » El santo rechazó con horror las proposiciones del juez, y describió con expresiones enérgicas lo ridículo y extravagante de las carreras insensatas de los Coribantos á honra de Cibeles, la superchería de los sacerdotes que forjaban los oráculos de Apolo, las cazas supersticiosas

en honor de Diana. Heraclio le condenó á ser decapitado. En tanto que conducian al mártir al lugar del suplicio, fuera de la poblacion, su madre, tan venerable por su piedad como por sus años, corrió á su encuentro, no para enternecerlo con sus lágrimas, sino para fortalecerlo y animarlo aun mas con sus exhortaciones. De lo alto de un muro le decia en voz alta : « Sinfiriano, hijo mio, acuérdate de Dios vivo, muestra tu » valor y tu fe. No hay por qué temer una muerte que tan se- » guramente nos lleva á la vida. Para no entristecerte de dejar » esta tierra, levanta tus ojos al cielo, y menosprecia tormen- » tos que tan poco duran : si eres constante, ellos te serán » cambiados por una felicidad eterna. » Sostenido por la voz de su tierna madre y por la fuerza celestial de la gracia, el jóven cristiano sufrió generosamente el martirio. Sus preciosas reliquias, recogidas por la piedad de los fieles, fueron depositadas en una celdita, en cuyo paraje se levantaron despues una majestuosa basílica y un célebre monasterio.

5. Por la violencia de la persecucion en las Galias, se puede conjeturar los estragos que hizo en las demás provincias del imperio. Tantas atrocidades, cometidas contra los cristianos, inspiraron á elocuentes escritores, que abrazaron con celo la defensa de la fe y de la virtud, tan indignamente vilipendiadas. En nombre de todos los fieles de la Grecia, Atenágoras, filósofo cristiano de Atenas, dirigió al emperador Marco Aurelio y á su hijo Cómodo, que acababa de ser asociado al imperio, una apología intitulada *Legacion*, porque era la embajada de los oprimidos á sus perseguidores. En esta obra, llena de dignidad y fuerza, de una lógica clara y concisa, expone y refuta victoriosamente las acusaciones de los paganos contra el cristianismo. « Vosotros permitís, dice, á todas las naciones, á » todos los pueblos, á todos los ciudadanos vivir segun sus » leyes, profesar su religion, conservar las ceremonias de su » culto, honrar á los dioses de sus padres, por mas que sean » tan ridículos como los dioses-gatos ó los dioses-cocodrilos de » los Egipcios : á nosotros solos nos prohibís el llevar el nom- » bre de cristianos y de vivir segun nuestras leyes ; sin em-